

## PEÑA Y AGUAYO

(DON JOSÉ DE LA).

Nació en Andalucía, en la villa de Cabra de la Provincia de Córdoba, en 16 de diciembre de 1801: estudió filosofía en el colegio de la Purísima Concepcion de la misma villa, de donde pasó á estudiar leyes á la imperial universidad de Granada, ante cuya real chancillería se recibió de abogado en 19 de enero de 1824. Despues de haber sido profesor de economia política en el antedicho colegio egerció la abogacía en la referida ciudad de Granada como individuo de su ilustre colegio hasta fin del año de 1833: en cuyo tiempo, muerto el rey don Fernando VII, se erigió con arreglo á su testamento un consejo de gobierno, de que era secretario el escelentísimo señor Conde de Ofalia, y de esta secretaria fué nombrado oficial mayor y secretario de S. M. con egercicio de decretos, y condecorado con la cruz y placa de la real y distinguida orden española de Carlos III, en cuyo importante destino continuó trabajando sobre los negocios mas graves del estado hasta que, restablecida la constitucion de 1812 y publicada en Madrid en 15 de agosto de 1836 renunció su empleo y volvió á egercer la abogacía ante los supremos tribunales del reino, desempeñando las defensas de las causas mas célebres, como la de los canónigos de Toledo y la del príncipe de la Paz. En las elecciones para las Córtes revisoras del estatuto real fué electo diputado por la provincia de Córdoba, y para las Córtes generales que sucedieron á las constituyentes fué así mismo elegido por la provincia de Málaga y tomó asiento en el congreso. — *Discurso histórico legal sobre la sucesion á la corona.* — *Vida de doña Mariana Pineda.* — *El juicio de jurados para conocer de la causa contra los canónigos de la Santa Iglesia Primada de Toledo.* — *Tratado de la Hacienda de España.* — *Defensa del príncipe de la Paz.*

Estos escelentes trabajos han grangeado al señor Peña y Aguayo la justa reputacion de uno de nuestros mejores y mas acreditados jurisconsultos.

(Vida de doña Mariana Pineda.)

Entre tanto ya se oian á lo lejos los tambores de las tropas que marchaban al sitio de la ejecucion, y las pisadas de los caballos que iban á colocarse en determinados parajes para contener cualquier

tumulto. Un sordo y pavoroso murmullo anunciaba la aproximacion de la hora fatal, como el hondo y confuso ruido en las entrañas de la tierra, y los lejanos ahullidos de los animales amedrentados anuncian el próximo temblor. Ya se percibia el irujido de los primeros rastrillos, y el rechinar de los pestillos y cerrojos de las puertas interiores de la cárcel: la palidez de todos los semblantes indicaba la agitacion que padecia el espíritu de los que allí se hallaban: un silencio profundo reinaba en la capilla cuando se presentaron los buenos hermanos de la caridad, los religiosos ausiliantes, y *el ejecutor de la justicia.*

Traian en una bandeja de plata un saco y un birrete negros. El hermano mayor de la caridad, fué el encargado para vestirla, y bien fuese por lo turbado que estaba, bien por un efecto de su avanzada edad, le puso el saco al revés: Mariana con aquella presencia de espíritu que conservó hasta el último momento advirtió que estaba mal puesto, y ella misma se lo quitó y volvió á poner bien: sus delicadas manos bellas por su blancura, y por los lindos oyuelos que al abrirlas formaban las coyunturas de los dedos, habian sido constantemente objeto de admiracion de cuantos la conocian, ahora se entrega de ellas el verdugo para aprisionarlas con una tosca cuerda. Los frailes de los conventos de Capuchinos, San Anton, y San Francisco que debian acompañarla al suplicio, la entregaron un crucifijo, y comenzaron á exhortarla á bien morir, dirigiéndose todos precedidos del verdugo á la puerta de la cárcel. Marchaba, Mariana, con paso firme, con semblante humilde pero animado, destrenzado el cabello de atras, le salia por debajo del birrete, cubriéndole la espalda, los hombros, y una parte del pecho: los bucles de la cara ondeaban sus mejillas, y se alargaban casi hasta la mitad de su hermoso cuello; llevaba los ojos clavados en el crucifijo, pero sin derramar una sola lágrima. Así llegó á las puertas de la cárcel en el momento mismo en que el pregonero público anunciaba á voz en grito el crimen de traicion, para el que habia sido sentenciada á la pena de garrote y confiscacion de bienes, y en nombre del rey amenazaba de muerte al que apellidase perdon ó de qualquiera manera se opusiese á la ejecucion de la sentencia.

Evacuada esta solemnidad, ayudaron los hermanos de la caridad á Mariana á montar en una mula que estaba preparada con hamugas: guiábala tirando del ronzal el verdugo, precedido del pregonero, y de un piquete de caballeria; al rededor iban los frailes, detras los hermanos de la caridad, y un receptor á caballo vestido de serio con espadin y sombrero de picos; en seguida dos alguaciles de negro, con golilla, chupa, calzon, medias de seda, zapatos con hebillas, capilla corta, sombrero de canal, y un junco en la mano; seguian un piquete de infanteria con cajas destempladas. Marchaba pausadamente toda la comitiva por la calle de la cárcel baja, hácia la de Elvira; al pasar por la iglesia del Angel,

hizo alto para que el pregonero en el pilar del Toro diese otro pregon: dado que fué continuaron la carrera con direccion al triunfo por la puerta de Elvira. Todas las avenidas del Albaicin, del Boqueron de Darro, de la plazuela de los Naranjos, y de la Caba, estaban llenas del pueblo bajo, especialmente de mugeres. Todos guardaban un profundo silencio, en términos que se oían distintamente las exhortaciones de los religiosos auxiliantes: las rejas y balcones de las casas del tránsito, y ni una persona decente se veía. Solía de cuando en cuando, Mariana, levantar la vista del crucifijo para mirar á uno y otro lado: á donde quiera que fijaba los ojos arrancaba lágrimas de compasion. Llegó en fin á la célebre puerta de Elvira, desde donde se veía la Virgen del triunfo, que está colocada sobre una columna de piedra como de seis á ocho varas de altura apoya en un gran pedestal de la misma materia, circundada de berjas de hierro con veinte y un faroles. « Madre mia, exclamó, por la preciosísima sangre que derramó en la Cruz, vuestro adorado Hijo, os ruego interpongais con él vuestro soberano influjo, para que perdone mis culpas y pecados: os lo pido con el mayor fervor, no me lo negeis, señora y madre mia. » En este momento el pregonero que se habia adelantado penetró en el cerco que formaba la tropa al rededor del cadalso, y colocándose al pie de él, se impuso silencio con un redoble general de tambores para que se oyese el último pregon. Entre tanto paso á paso se acercaba la victima al lugar del sacrificio; crecía el fervor de los religiosos que la auxiliaban, y el terror de los circunstantes á vista de un espectáculo tan imponente.

El patíbulo estaba levantado al lado izquierdo de la Virgen como á unas cuatro varas de la berja. Era un tablado de madera de cinco pies de altura, cubierto de bayetas negras: en un extremo estaba el banquillo en direccion á la calle de San Juan de Dios, y de espalda á la calle real, por este lado tenia la subida cubierta así mismo de negro; (esta distincion de estar enlutado el cadalso, y la de ser conducido el reo en mula y no en asno, la conceden las leyes á los nobles é hijos-dalgos.) Las gentes del pueblo, que en las avenidas de la cárcel, hasta el Triunfo, habian visto pasar aquella angelical criatura para ser ajusticiada como un facineroso, se agolpaban para ver un espectáculo nunca visto ni oido en Granada. No se concebía como una muger hermosa, hija de un capitán de navío de la real armada, nieta de un oidor de aquella misma chancillería, enlazada por parentesco con las primeras familias del reino sin haber cometido ningun delito ostensible, pudiera haber sido condenada á la pena de garrote. Hubo quien creyó que la pena no llegaría á ejecutarse porque lo impediría el clamor general del pueblo: los mismos realistas lo temían, y para impedirlo hicieron venir todas las fuerzas de las inmediaciones, inclusa la caballería de voluntarios de Santa Fé. Pero tanto las esperanzas de los patriotas, como los temores de los absolutistas eran puras ilusiones.

Degradado el pueblo con la esclavitud, se amortiguan todas las pasiones nobles, y mira hasta con indiferencia el sacrificio de los mas esforzados ciudadanos. Inmenso era el gentío que habia en aquel espacioso campo del Triunfo, en las bocas calles del Barrio de San Lázaro, en la esplanada del hospicio, y hasta en las ruinas de las antiguas murallas, que circundaban por aquella parte de la ciudad los barrios de la Cava, la Alcazaba y el Albaicin, desde donde se descubre el triunfo, el soto de Roma, Santa Fé, y los caminos de Loja y Alcalá. Todo el mundo estaba absorto mirando aquel ejemplar, temblando por su propia seguridad, y considerando la mísera situacion á que nos habia reducido el poder absoluto. Un silencio pavoroso reinaba en aquella inmensa poblacion apiñada sobre las tropas que formaban el cerco; el cielo se habia anublado á impulsos de los encontrados vientos que bramaban de cuando en cuando chocándose en opuestas direcciones, paulatinamente se iban ennegreciendo las nubes, y allí á lo lejos como hacia Guadix, se veía algun relámpago, y se sentía el ruido del trueno. Ya comenzaba á chispear cuando tocaba Mariana al pie del cadalso en donde tuvo el consuelo de hallar á don José Garzon su confesor enjugándose las lágrimas que á hilos le corrian por la cara: reportándose como pudo, se preparó para prestarla el último auxilio acompañándola con sus exhortaciones hasta los umbrales del sepulcro. Despues de reconciliarse por la vez postrera, subió al patíbulo asida del confesor, y se sentó en el banquillo implorando con sentidas palabras la divina proteccion, entre tanto que le acomodaban la fatal corbata: sacando entonces el confesor fuerzas de flaqueza, y esforzándose cuanto pudo; « Yó te absuelvo (la dijo), en nombre del Señor, de todas tus culpas y pecados; vuelve la vista al cielo, humilde Mariana, y allí encontrarás la dicha y la ventura que espantadas han huido de ti, mientras has vivido sobre la tierra; tiende tus ojos á la inmortalidad, y desprecia todo lo de este mundo que no dura sino instantes comparado con la eternidad de la gloria: el Omnipotente te ha perdonado ya porque tu arrepentimiento ha sido una verdadera contricion. Hasta el cielo, hija mia, siente tu desgracia: en medio de un tiempo despejado y sereno, miralo ennegrecerse y amenazarnos con una tempestad; miralo, infeliz criatura; al través de esas nubes vas á pasar dentro de breves instantes á la mansion celestial, ruega allí al Todo Poderoso por nosotros. » El ejecutor de la justicia cumplió en este momento su terrible encargo. El estremecimiento que hizo en aquel instante, Mariana, y el cambio repentino del sonroseado de sus mejillas en un color livido y cardeno anunció al público el último instante de su vida. A torrentes caian las lágrimas del inmenso pueblo que cubria todas las avendias de aquel espacioso campo: lloraban los religiosos auxiliantes: lloraban los soldados y sus jefes: lloraba tambien el verdugo: solamente se gozaban media docena de malvados, mas sanguinarios que los tigres de Hircania.